

El Rombo

## Kakademia, V

### XVII

Aquel chico  
que hablaba sin cesar  
de la navaja  
de Beckham;  
o aquella para quien  
el Cid  
peleaba contra  
los filisteos;  
o el que afirmaba  
estar leyendo  
*Guerra y paz*  
de Trotski.

O

al que pregunté  
qué sabía de  
Sócrates  
y contestó  
sincero  
que era maricón.  
Y aquel muchacho  
de Derecho

el más lírico de todos,  
que mencionaba

*El libro del consolado del mar.*

A veces  
me pregunto  
qué habrá sido  
de ellos.  
Resultaban  
simpáticos,  
inocentes,  
ignorantes  
de su oceánica falta  
de amueblamiento.

### **XVIII**

El nombramiento  
para mi primer  
trabajo  
en la uni como  
*Ayudante de Clases Prácticas*  
sin sueldo  
ni gratificación,  
ni seguridad social,  
*gratis et amore*  
total  
incluía la prohibición explícita

de usar el título  
de profesor;  
además,  
si tenía que dar alguna clase  
debía hacerlo  
con un libro en la mano,  
señal que por lo visto  
me diferenciaría  
de un profe de verdad.

La prohibición  
en aquellos nombramientos  
que el rector expedía como churros  
buscaba sin duda poner coto  
al autobombo  
en negocietes  
particulares.

Y eso me hace ver hoy  
que entonces aún tenía algún prestigio  
ser profesor,  
incluso último mono,  
de aquel chamizo.

## **XIX**

En el Patio de Letras  
del pasado  
los bedeles

llamaban a palmadas  
si iba a empezar la clase,  
pero lo insólito  
es que al final de ésta,  
entraban en el aula,  
con una reverencia,  
para anunciar: *Doctor, la hora*  
cual relojes vivientes.

Hoy  
afortunadamente  
hay relojes hasta en la sopa,  
y los bedeles  
en sus garitas  
si no tienen otra cosa que hacer  
atienden a los profes  
con tal vez merecida  
displicencia.

¿Nostalgia?

En aquel tiempo  
bibliotecarias y otros  
eran cosas  
pagadas  
como material de oficina.

**XX**

De vez en cuando,

no a menudo porque  
intervienen también factores

digamos

premodernos,

el personal se sulfura

y se declara

harto.

Las razones, lector,

te resultarán obvias,

pero nunca se sabe

ni el día ni la hora

en que la gota

desbordará

el consabido vaso.

Está claro

el protocolo que sigue entonces

la superioridad:

discrimina

y

a los que menos lo necesitan

les otorga

(esa es la palabra)

un modesto

tapabocas

—la bufanda, lo llaman—

que durará  
hasta el siglo  
siguiente  
si entretanto  
no se ha venido abajo  
el tenderete.